

hasta atrás

Allí estuvimos

TEXTO: MÓNICA LAVÍN

Escuche con atención, abra los ojos, esté alerta porque “A través del universo” será un viaje en una suerte de musical beatlero, una colcha de retacería de época, de educación sentimental, a través de una historia de amor juvenil en los míticos años sesenta y setenta. Abra los oídos, escuche con los ojos (Sor Juana *dixit*), naufrague entre música y sueños del joven Jude que deja los astilleros de Liverpool para buscar a su padre en Princeton (durante la segunda guerra mundial había conocido a su madre, entonces una chica inglesa, a quien abandonó después de su embarazo; pero no es profesor sino encargado del mantenimiento –más parecido al origen obrero de Jude quien en NY descubrirá su vocación de pintor). Historias de idas y vueltas entre Inglaterra y Estados Unidos, diálogo musical, génesis rockera, retablo plástico melódico, epopeya y eclosión del encuentro de las juventudes del mundo. La tragedia de la guerra de Vietnam tiñe de contrasentido el locuaz despertar de una generación. Pero de qué nos hablo, si allí estuvimos. Si hay que agradecer a Julie Taymor quien sin duda estuvo allí que haya hilvanado “I want to hold your hand, My guitar gently weeps, I am the walrus” y “Hey Jude” (entre muchas otras) en un himno homenaje, entramado por el amor temprano y dulce Lucy y Jude, piel y corazón, que remite a nuestro propio pellejo.

Uno mira la pantalla y si fuera retratado por la lente, aparecería esa sonrisa que no se puede contener al mirar el tiempo nuestro, al sentir la piel de entonces (antes de las mudas), y al establecer un diálogo divertido (a pesar de la tragedia de represión y guerra de Vietnam) con la inteligencia de la directora, con su manera de guiñarnos el ojo con una Sadie (Sexy Sadie) especie de Janis Joplin, un Jo-Jo (Jimmy Hendrix), un Dr. Robert (Bono en el papel), el mítico concierto de los Beatles en una azotea de Nueva York. La ciudad, las emociones, la piel, tomada por la sicodelia, la libertad, el amor (ese de siempre) la música como perpetua melodía del espíritu de una época.

Que las canciones de los Beatles las llevamos tatuadas en la lengua que canta involuntaria, no dudábamos, pero que sus canciones dijeran así reunidas en trozos bien elegidos, deliciosamente cantados por quienes actúan, mientras construyen el tapiz de un tiempo, nos sorprende. Una ópera para una generación, con las

imágenes de la plástica de medio siglo: un Warhol, un Pollok y mucho más que rebasa nuestra asombro y nos invita a volver a ser los espectadores de una larga canción poblada de Lucy y Rita y Prudence y Molly y Jude. Sonreír con el mundo pelos largos, el que se fracturó en una cena de Día de gracias cuando el viejo mundo del conservadurismo y patriotismo y buen ciudadano se topó con el desparpajo del hacer lo que yo decida, (yo hago porque soy, no soy porque hago). Un acuerdo se rompió y los jóvenes tomamos el mundo por asalto y los otros, los que siguieron, lo encontraron amueblado de esa manera (cada cual de todos modos paga su cuota de insatisfacción). A veces me pregunto si todas las generaciones dicen que su tiempo fue afortunado. El mío, el nuestro, el de Lucy, Jude, Prudence y Sadie lo fue, y no ando con nostalgias setenteras, ando con el ánimo teñido por el retablo embriagante, alucinante y delicado que Taymor nos ha regalado con la galería de referencias que fraguaron nuestra educación sentimental y que reconocemos en el desfile de imágenes que emulan portadas de discos (acetatos, desde luego). Taymor y su equipo han armado el retablo de un tiempo que teníamos en la cabeza fragmentado, un collage para que nos sumerjamos en sus ponches rosados y sus blusas de batiks, en la energía para protestar por los asesinatos indignos, en la fuerza de la música, en la avaricia de la piel. Cuánto apetito aprendido.

Sale uno, sin salir del todo, de la función de dos horas, arrobado, agradecido, embriagado del tiempo de uno; con los ojos mirando su propio alboroto, su catálogo de canciones y entonces cae de golpe el peso de la dicha, la libertad en carne propia. Y uno llora de júbilo y de quien sabe qué y Hey Jude entra directo al corazón para inyectarlo de deseo de celebración. Celebrar la gloria de haber atravesado el universo. Lo volvería a hacer: con Beatles, con Janis, con los Rolling, los dieciocho años y con los amigos tirados en la hierba cuando el mundo era redondo e infinito, impoluto y nuestro. •

MÓNICA LAVÍN

Ciudad de México, 1955. Escritora y periodista. Ha publicado *Café cortado (Plaza & Janés)* y *Despertar los apetitos (Alfaguara)*, entre otros libros.